

En la encrucijada de un nuevo orden social

«Infundir esperanza a la mayoría oprimida y temor a la minoría opresora, éste es nuestro cometido. Si hacemos lo primero e infundimos esperanza a la mayoría, la minoría habrá de temer esa esperanza; no queremos asustarlos de otro modo»
(William Morris)

¿Cómo interpretar lo que está ocurriendo? La naturaleza y la intensidad de las políticas de reforma y ajuste que se están practicando han terminado por convencernos de que lo que está en curso es un proyecto de transformación social de gran calado. Cuando se calmen las turbulentas aguas de las finanzas, nada será igual en el campo de las relaciones laborales, el sistema público de protección social o la educación. No estamos en un interludio que restaura a golpe de sacrificio el mundo que existía antes de la crisis. Se está configurando un nuevo modelo social ante la mirada atónita de una ciudadanía a la que no se le otorga más condición que la de mera convidada de piedra. Tras treinta años de embates neoliberales, el pacto social implícito que logró pacificar las relaciones sociales en los países del capitalismo más añejo ha terminado por saltar hecho pedazos. La globalización, con la colaboración ines-

INTRODUCCIÓN

timable de la financiarización, ha permitido que las clases superiores (propietarios y cuadros gerenciales) se desentiendan de aquellos compromisos adquiridos con las mayorías y que permitieron determinados arreglos institucionales en torno a una noción común de mínima justicia social. El temor que las mayorías inspiraban a las minorías se ha disipado, y hoy estas se atreven con todo, redefiniendo los derechos económicos y sociales de aquellas en beneficio de sus propios intereses y privilegios. Lo muestra en nuestro país la deriva oligárquica de una reforma constitucional que prioriza la defensa de los acreedores frente a los derechos de la ciudadanía o el freno a la democracia que representan las exigencias del imperativo económico.

Codicia y miedo

Aunque se sepa, conviene recordarlo. El móvil inmediato en una sociedad capitalista es una mezcla de codicia y temor en proporciones que varían según el carácter y la posición social que ocupa cada persona en el mercado y en la división del trabajo. Lo expresa con claridad Cohen: «la postura de mercado es codiciosa y temerosa en el sentido de que los participantes rivales en el mercado se ven primordialmente como fuentes posibles para el enriquecimiento, y como amenazas al propio éxito».¹ La propia competencia (entronizada en las admoniciones a la competitividad) es más la plasmación de un espíritu bélico —en parte agresivo y en parte defensivo— que la idea que se ofrece desde los manuales de introducción a la economía de una adaptación de la conducta de los sujetos a unos precios dados. Pero el miedo no sólo va asociado al temor a no conseguir el éxito en un contexto de competencia. También surge de la trama de relaciones que se establece entre desiguales. Hay un temor vinculado a los conflictos que se derivan de las numerosas tensiones y contradicciones que atraviesan al capitalismo como consecuencia de que en su interior se desarrollan intereses y posiciones mutuamente incompatibles.

El neoliberalismo empezó a abrirse paso en el momento en que se superó la creencia —hasta entonces firmemente establecida en la conciencia política— de que unos altos niveles de desempleo podrían arruinar el apoyo político del que gozaban no sólo los gobiernos sino también el propio modo de organización socioeconómico.² Cuando las elites se empezaron a sacudir el temor a las mayorías, el neoliberalismo se materializó en un proyecto político.³

¹ G. A. Cohen, *¿Por qué no el socialismo?*, Katz, 2011, pp. 33-34.

² En efecto, hasta la década de 1970 existía la convicción de que «dejar crecer el desempleo para contener el alza de los salarios constituiría un suicidio político o incluso el asesinato de la propia democracia capitalista». W. Streeck, «The Crises of Democratic Capitalism», *New Left Review*, n° 71, London, 2011. Se puede consultar en: <http://newleftreview.org/?view=2914>

³ «Un proyecto político para restablecer las condiciones para la acumulación de capital y restaurar el poder de las elites económicas» (D. Harvey, *Breve historia del neoliberalismo*, Akal, Madrid, 2007, p. 20).

Es cierto que la hegemonía neoliberal no se logró inmediatamente; fue, más bien, el resultado de un largo proceso que exigió mucha ingeniería social. Hubo que quebrar la resistencia inicial del movimiento obrero organizado y remar en favor de los vientos que producían los cambios que en el mundo estaban aconteciendo (desmoronamiento del imperio soviético, quiebra del fordismo, deslocalizaciones productivas de la mano de una nueva división internacional del trabajo, incremento de la movilidad del capital financiero facilitada por la adopción de nuevas tecnologías de la información, etc.) Neoliberalismo, globalización y financiarización terminaron por constituir a la postre la tenebrosa trinidad de una misma realidad con tres personalidades diferentes. Sólo su convergencia en el tiempo ha propiciado lo que por separado resultaba impensable que pudieran lograr: vaciar de contenidos la democracia y erigir un poder global sin apenas limitaciones políticas. Treinta años bajo la égida de la ideología neoliberal no consiguieron desmontar el Estado de Bienestar en Europa Occidental (los niveles de gasto público, incluso en su apartado social, llegaron a aumentar), pero la crisis sistémica actual, fruto de la confluencia de aquellos tres factores, ha abierto un nuevo escenario que hace posible redefinir por completo los rasgos de la sociedad.⁴

Al igual que el miedo, la codicia ha cumplido también un papel importante. La burbuja financiera/ inmobiliaria creó el espejismo de que todos podríamos enriquecernos a través del “efecto riqueza” provocado por el aumento de los precios de los activos. Nos damos cuenta ahora, cuando ya es tarde: «Todos somos codiciosos o cómplices de la codicia - señala Rafael Argullol-, porque hemos permitido que un ser implacable, nacido en la cloaca de la peor pasión, se apoderara de la entera condición humana y dictara sus brutales leyes al universo. De modo que el codicioso, bárbaro adorador del ídolo de oro, avanza a cara descubierta, libre de toda atadura, saqueador de la belleza, dueño del mundo».⁵

El discurso de la seguridad

El ajuste presupuestario, indiscriminado y concentrado en el tiempo, simultáneo con una recesión en el conjunto de la eurozona, están dejando un reguero de víctimas alrededor del altar en el que se ofician ceremoniosas operaciones de rescate bancario. El miedo y la codicia se administran como fármacos para el control social. *Phármakos*, lo recuerda Galeano,

⁴ G. Duménil y D. Lévy consideran que la crisis actual es la cuarta crisis estructural del capitalismo desde finales del siglo XIX. Estas crisis son episodios de intensa perturbación de una duración aproximada de una decena de años que ocurren con una frecuencia de alrededor de cuatro décadas y que separan diferentes órdenes sociales (la crisis de 1890 abrió el orden liberal; la crisis de 1929 el orden socialdemócrata; la crisis de la década de 1970 el llamado orden neoliberal y la crisis actual, que comenzó en 2007/2008, inaugura un orden sin contornos aún definidos) (*The Crisis of Neoliberalism*, Harvard University Press, 2011).

⁵ R. Argullol, «Alegato contra la codicia», *El PAÍS BABELIA*, 26/05/2012.

«era el nombre que daban los griegos a las víctimas humanas de los sacrificios ofrendados a los dioses en tiempos de crisis». ⁶ La seguridad de unos suele implicar inseguridad para otros. Las garantías a los acreedores se construyen a golpe de transferir riesgos a los ciudadanos. La inseguridad laboral y el empobrecimiento de la población, en paralelo al incremento de la economía informal y la pequeña delincuencia, realza el valor del discurso de la seguridad, que el poder procura traducir en términos de orden público. Por eso urge apelar a otra noción de seguridad, que centrada en las cuestiones socioeconómicas, ocupe un espacio central en un debate público que si no se satisface adecuadamente se nutrirá, si tardar mucho, de las respuestas más retrógradas que ya se empiezan a avistar en la vieja Europa en forma de xenofobia, racismo y autoritarismo.

Inseguridad no sólo económica, también social y ecológica

Los riesgos e incertidumbres trascienden en la actualidad la esfera económica hasta alcanzar una envergadura global. La crisis ecológica y el *apartheid* social que provoca una economía de archipiélago con unos cuantos islotes de prosperidad material esparcidos por el espacio mundial, están reclamando un concepto de seguridad humana de carácter universal. Las garantías sociales que no sean generalizables no son seguras a largo plazo ni aceptables desde un punto de vista ético. No cabe pensar en fórmulas que sirvieron para un mundo que ya no existe. El fin de la era del petróleo barato y el escenario del cambio climático invalidan buena parte de los modos de vida que ofrecieron (si bien no para todos, y mucho menos para todas) redes de seguridad material en el pasado. No se puede hacer retroceder la flecha del tiempo, aunque resulte aconsejable visitar el pasado para inspirar el futuro.

Tener preparadas alternativas...

Si se logrará despejar los nubarrones del miedo y ofrecer alguna alternativa que inspire confianza y seguridad entre las gentes, los mandamases no podrán reconfigurar el mundo a su antojo. Aun así, nada garantiza que lo que se ofrezca funcione y sea estable en el tiempo si no se avanza antes en el diseño y en la experimentación de las alternativas. El problema de la implantación de un proyecto emancipador es distinto del problema acerca de su viabilidad. De ahí que la actividad de pensar acerca de qué mecanismos y diseños institucionales son capaces de materializar los principios de igualdad y comunidad en un mundo acuciado por grandes problemas globales en un momento de cambio de época sea una tarea cada día más urgente. Tarea que se ha de acompañar de la necesaria reforma moral e intelectual

⁶ E. Galeano, *Patas arriba. La escuela del mundo al revés*, Siglo XXI, Madrid, 1999, p. 107.

de una sociedad demasiado permeada por los valores adquisitivos de un capitalismo rampante.

...que no reproduzcan, de otra forma, los mismos errores

La crisis actual es el resultado de un capitalismo desbocado que no quiere saber nada de límites sociales y ambientales. Una alternativa al capitalismo debe tener esto presente si no quiere reproducir, de otro modo, los mismos errores. A este respecto, autores como Harvey⁷ y Altvater⁸ ponen de relieve algunas cuestiones que fueron expresadas en su día por Rosa Luxemburgo: la acumulación capitalista se asienta no sólo en la explotación de la fuerza de trabajo asalariada sino también en la destrucción de espacios y relaciones no capitalistas. Si la depredación y violencia sobre estos estratos y espacios ajenos a la lógica mercantil son un motor de la acumulación de capital, las alternativas deberán contemplar no sólo aquellos factores que atañen al núcleo de la producción de valores de cambio sino también a los ciclos de la reproducción de la vida en su conjunto. Reconocer que la base material de la existencia humana se extiende, más allá de la esfera de la producción de mercancías, al marco ecológico y al ámbito doméstico y comunitario es fundamental para no disociar la lucha contra la explotación del cultivo del cuidado mutuo y del cuidado del planeta. Las consecuencias que está teniendo sobre el mundo rural campesino, las mujeres y la naturaleza la reestructuración actual del orden social capitalista suelen estar diluidas en los discursos sobre la crisis, pero sería un error imperdonable que no adquiriera la relevancia que se merecen en la formulación de las alternativas.

El número de Papeles que presentamos como el segundo dedicado a las alternativas, ofrece una amplia panorámica de debates concretos en torno a cuestiones como el reparto del trabajo, y el modelo social que de ahí se derivaría, o la necesaria redefinición del sistema financiero, del modelo urbano, del patrón de transporte, del sistema impositivo, etc. Otras contribuciones ponen el énfasis en el alcance político de la creciente ola de indignación que recorre a la ciudadanía, en los proyectos para la construcción de una democracia económica y en las alternativas que cabe plantear desde un discurso centrado en los derechos humanos. En el próximo número se sondeará en las tradiciones ecosocialistas y ecofeministas para extraer de ellas principios y argumentos que ayuden a infundir la esperanza que temen aquellos que se sienten dueños de todo.

Santiago Álvarez Cantalapiedra

⁷ D. Harvey, *El nuevo imperialismo*, Akal, Madrid, 2004.

⁸ E. Altvater, *Los límites del capitalismo. Acumulación, crecimiento y huella ecológica*, Mardulce, Buenos Aires, 2011.